

# Reencuentro de una amistad perdida tras la derrota sufrida

## María Zambrano literatura, filosofía y escritura

Andrea LUQUIN CALVO

Universidad de Valencia

La relación entre la filosofía y la poesía guarda un lugar destacado dentro del pensamiento de María Zambrano. Filosofía y poesía poseen, para la pensadora, una misma raíz: la admiración ante la realidad que nos rodea, pero abordada de maneras distintas. Mientras que el filósofo se abstrae de la realidad, pues busca perseguir lo permanente y lo idéntico, la idea única que sostiene el mundo; el poeta, en cambio, permanece apegado a la multiplicidad del mundo. En él, a diferencia del filósofo, la diversidad no desaparece, sino que aspira a un todo construido por cada una de las cosas que conforman el mundo, sin abstracción ni renuncia a ninguna de ellas. Para Zambrano la reconciliación armónica entre estas dos modalidades de pensar el mundo, filosofía y poesía, deben producir un pensamiento que habrá de superar y transformar nuestra racionalidad. La filosofía necesita de la poesía, pues solamente ésta permitirá alcanzar ese conocimiento profundo, capaz de dejar atrás el racionalismo de la modernidad y su concepto de razón, por el que hemos pagado un alto precio, como nos lo señalaban Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*. La poesía fue expulsada del mundo de la filosofía, sin percatarse de lo necesaria que le es. El ser humano, nos dice Zambrano, vive a la intemperie y en ocasiones precisa de resguardarse en la cueva de la que nos expulsa Platón: son necesarias las ficciones, las metáforas, los símbolos en que nos contamos, pues en esas narraciones vamos construyendo, también, nuestro ser. Somos seres incompletos: esa es nuestra tragedia y, como el héroe trágico, buscamos descubrirnos en las infinitas y diversas narraciones que nos contamos y que nos rodean.

En esta reflexión, debemos anotar como tanto la filosofía como la poesía son ante todo ejercicios de escritura. Por ello, en esta ocasión, he querido recuperar dos escritos de María Zambrano sobre el acto mismo de la escritura, sobre esa búsqueda y encuentro de ficciones, metáforas y símbolos que todos necesitamos para resguardarnos. La escritura es para Zambrano un acto radical para encontrarnos en el mundo.

El primer texto corresponde a uno de sus primeros ensayos *¿Por qué se escribe?* publicado en la *Revista de Occidente*, en 1934, escrito a los 29 años. Este ensayo lo recuperaría en 1950 en *Hacia un Saber sobre el alma*. En él, Zambrano aborda al acto mismo del escribir. El segundo texto es una columna aparecida en el diario *El País* y que fue recogida en su obra posterior *Las palabras del regreso* titulado *Del escribir*, publicado en 1985, cincuenta años después muchas escrituras y muchas vidas en el exilio. No es de extrañar pues, que este trabajo de un paso más allá al marcar la importancia del escritor dentro de *la ciudad*, dentro del espacio público, ese espacio que le fue negado en su patria durante muchos años, a la propia Zambrano.

### **¿Por qué se escribe?**

Entremos primero al espacio íntimo de la escritura que describe Zambrano en *¿Por qué se escribe?*. A la pregunta *¿Qué es escribir?* Zambrano nos contesta que, ante todo, es “defender la soledad en que se está” (Zambrano, 1993: 22). Estamos solos, (aunque el mundo trate de evitarnos esta sensación) a la intemperie y abrazamos esa soledad. La soledad se traduce en lejanía, en distancia de todas las cosas y seres que “hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas” (Zambrano, 2005: 35). La distancia permite la perspectiva sobre el mundo, “mostrando lo que en ella y únicamente en ella se encuentra”(Zambrano, 2005: 35). Se trata del vacío que nos rodea, un vacío lleno de posibilidades por aparecer gracias a la palabra. La inmensidad se abre ante nosotros en la soledad de la escritura, una inmensidad que en la medición y el pensamiento absoluto, que reduce y limita a conceptos, no es posible.

El escritor busca así “las palabras que se nos han escapado traicionándonos”(Zambrano, 2005: 42). Traicionándonos porque nos apartan de la multiplicidad y nos encarcelan en un único pensamiento. Por ello hemos sido derrotados en nuestras palabras, en nuestros discursos que cosifican, limitan y encarcelan la diversidad del mundo. La escritura tiene el poder de demostrar otras palabras y existencias, de rescatar a otras palabras de la traición que designan, señalándonos también, el lugar donde se genera la traición. La escritura busca así “vencer por la palabra los instantes vacíos, idos, el fracaso incesante de dejarnos ir por el tiempo” (Zambrano, 2005: 42). El fracaso de dejarnos llevar por lo cotidiano, de envolvernos en discursos que niegan la multiplicidad del mundo

¿Qué es lo que quiere decir el escritor? se pregunta Zambrano “Quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz (...) La verdad de lo que pasa en el secreto seno del tiempo, en el silencio de las vidas, y que no puede decirse” (Zambrano, 2005: 38). Se trata de recuperar lo que calla en el mundo, lo que no aparece en el espacio de la razón absoluta porque no tiene lugar para aparecer y, por ello, no puede enunciarse. Precisamente lo que no puede decirse en nuestro espacio, en nuestras ciudades, es para Zambrano “lo que se tiene que escribir” (Zambrano, 2005: 38). La palabra no dicha pasa a perdurar y aparecer en el mundo físicamente, gracias a la escritura en sus múltiples formas.

La palabra escrita adquiere así una nueva dimensión. La palabra hablada, para Zambrano, brota de lo inmediato, como una reacción apremiante ante el mundo constituido, una necesidad que nos viene de afuera, de las circunstancias que nos envuelven, condicionada, sin

que seamos responsables de ella. Esta palabra hablada “no nos recoge, ni por tanto, nos crea” (Zambrano, 2005: 35). Pero la vida es siempre perdurable en la escritura. Al escribir me inscribo en lo escrito, me desentraño en el acto creativo del lenguaje que se abre a miles de posibilidades que permanecen, que aparecen en el mundo gracias a la escritura. No solo eso: sopeso lo que escribo, pienso en ello, logrando que el tiempo forme parte de la propia palabra. Esto no ocurre en el hablar. Al hablar, simplemente, “vencemos por la palabra al momento y luego somos vencidos por él (...) Es una continua victoria que al fin se transmuta en derrota.” (Zambrano, 2005: 36). Se trata de la derrota de lo cotidiano, de nuestros condicionamientos, del día a día, sin espacio para nosotros, para instaurarnos en el mundo. Prisioneros de lo que hemos dicho, de los discursos impuestos, de los disfraces que utilizamos. Se trata de una derrota íntima, nos dice Zambrano, no del sujeto particular que somos sino del propio ser humano, incapaz de abrazar lo múltiple. Por ello, como señala en *La Confesión, género literario* “No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por la necesidad que la vida (esa vida plural y múltiple agregamos nosotros) tiene de expresarse.” (Zambrano, 2004: 25). Es esta necesidad de expresión de la vida lo que realmente impulsa la exigencia de la escritura, de reencontrarnos en las palabras:

Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente. Y la victoria sólo puede darse allí donde ha sido sufrida la derrota, o sea, en las mismas palabras. Estas mismas palabras tendrán ahora en el escribir distinta función; no estarán al servicio del momento opresor, sino que, partiendo del centro de nuestro ser en recogimiento, irán a defendernos ante la totalidad de los momentos, ante la totalidad de las circunstancias, ante la vida íntegra. (Zambrano, 2004: 36).

Por ello al escribir, a diferencia del hablar en donde se desprende uno de las palabras:

Se retienen las palabras, se hacen propias, sujetas a ritmo, selladas por el dominio humano de quien así las maneja (...) Las palabras van así cayendo, precisas, en un proceso de reconciliación del hombre que las suelta reteniéndolas (...) Toda la victoria humana ha de ser reconciliación, reencuentro de una perdida amistad, reafirmación después de un desastre en que el hombre ha sido la víctima. (Zambrano, 2004: 36-37).

Por la escritura nos encontramos, amistosa, amorosamente, de nuevo con el mundo. La palabra es creadora, y por ello descubridora de lo posible. Y lo posible y múltiple es el signo de la vida que se nos escapa en nuestras construcciones. El escritor así “va ganando terreno al mundo de lo inhumano, que sin cesar le presenta combate. A este combate del hombre con lo inhumano, acude el escritor, venciendo en un glorioso encuentro de reconciliación con las tantas veces traidoras palabras” (Zambrano, 2004: 37). El oficio del escritor busca de esta forma “salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable” (Zambrano, 2004: 37), porque la vida, esa vida posible y múltiple, es siempre perdurable en la escritura.

### **El escritor y el público**

¿Para quién se escribe? se pregunta María Zambrano. Si bien el escritor está solo, su soledad, nos dice, constituye un “aislamiento comunicable” (Zambrano, 2004: 35). Si es la necesidad de expresión de la vida, de su derrota, lo que realmente impulsa la exigencia de la escritura, el escritor escribe para comunicar a los demás el secreto hallado, la vida, porque en “rigor si se muestra a él, no es a él, en cuanto a individuo determinado, sino en cuanto

individuo del mismo género de los que deben conocerla (...) a quien en verdad se muestra es a esta conjunción de una persona que dice a otras, a esta comunicación, comunidad espiritual del escritor con su público” (Zambrano, 2004: 42-43).

Existe así una comunidad entre el escritor y el público, que se forma, para Zambrano, no después de que el público lee la obra publicada, sino antes, “en el acto mismo de escribir el escritor su obra” (Zambrano, 2004: 43). Porque si el escritor es instrumento de la vida, entonces comulga con el público desde el primer momento, en su ansia misma por comunicar, por escribir. Como señala Zambrano:

El público existe antes de que la obra haya sido o no leída, existe desde el comienzo de la obra, coexiste con ella y con el escritor en cuanto a tal. Y sólo llegarán a tener público, en la realidad, aquellas obras que ya lo tuvieron desde un principio. Y así el escritor no necesita hacerse cuestión de la existencia de ese público, puesto que existe con él desde que comenzó a escribir. Y eso es su gloria, que siempre llega respondiendo a quien no la ha buscado ni deseado, aunque sí la presente y espere (...) (Zambrano, 2004: 43).

El escritor tropieza, nos dice Zambrano, con una verdad. La encuentra y la muestra, para “que sean ellos, su público, quienes desentrañen su sentido” (Zambrano, 2004: 40). La obra no será terminada nunca, como palabra creativa que es en sí misma: los sentidos de una obra son infinitos como sus lectores, como los momentos en que esos lectores se acercan a la obra escrita. Y su creatividad es tal que, una vez da la luz a su obra escrita, el propio escritor se encuentra con otra obra insospechada.

La obra por lo tanto no pertenece al escritor: pertenece a una comunidad entre lectores y escritores. Por ello, al publicar su obra, el escritor ignora el efecto que esta va a causar en esa comunidad. Escribir se convierte así, para Zambrano en un acto de fe es “como lanzarse a algo cuya trayectoria no es por nosotros dominable”(Zambrano, 2004: 40). Si el escritor publica “es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital(...)” (Zambrano, 2004: 41).

Pero no solo escribir es un acto de fe, lo es también de fidelidad. Escribir es, nos dice Zambrano, “Ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio.” (Zambrano, 2004: 40). Y esto implica que el escritor “no ha de ponerse a sí, aunque sea de sí de donde saque lo que escribe (...) La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola” (Zambrano, 2004: 40 - 41). El escritor, para la pensadora malagueña, no necesita confirmación: le sobran premios y reconocimientos, porque la verdad encontrada no es su propiedad. Tiene un público, lo tuvo siempre. El reconocimiento necesita de alguien que confirmelo expresado para darle validez. La verdad no necesita de ello. Al verdadero escritor le espera una gloria “que logra, cuando escuchando en su soledad sedienta con fe, sabe transcribir fielmente el secreto desvelado (...) después (...) de perseguir, capturar y retener las palabras para ajustarlas a la verdad (...)” (Zambrano, 2004: 43). Pero como bien aclara Zambrano “la gloria es en rigor de todos; se manifiesta en la comunidad espiritual del escritor con su público y la traspasa” (Zambrano, 2004: 43). Por ello las obras literarias son universales y permanecen en el tiempo: siempre nos hablan.

Y así surge el objeto físico: *el libro*. En su ensayo *El libro ser viviente* la autora nos señala, todas esas sensaciones que nos produce un libro a quienes nos enfrentamos con el, sea por primera vez, sea en esa segunda mano:

El libro no es sólo una colección de pensamientos, ni siquiera la forma privilegiada del pensar. Es un ser viviente (...) Se nota su presencia física, respira ante todo, irradia, tiene número, o está sometido al número, al peso y a la medida. (...) El libro está, pues, de pleno, en la physis. Sin él, algo faltaría en la creación. Una criatura nada menos. Y el libro es ante todo, buscado, saboreado, y despidiendo un particular olor. (...) Una hoja de un árbol podría ser un libro, y en ocasiones lo es (...) (Zambrano, 2009: 185). El libro existe de por sí, lleva su ser propio, tiene su hueco, tiene su ausencia, tiene su amor. (Zambrano, 2009: 179).

El escritor así, siente el ansia de comunicar, de publicar, de producir un efecto, que alguien se entere de algo: publica un libro. Pero un libro, mientras no se lee, nos dice la malagueña, “es solamente un ser en potencia, tan en potencia como una bomba que no ha estallado. Y todo libro ha de tener algo de bomba, de acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque sólo sea con su temblor, a la falsedad” (Zambrano, 2005: 39).

### Filosofía y literatura

Es así que el verdadero escritor, nos recuerda Zambrano en 1985, retomando sus reflexiones “(...) es el que a solas clama a los cielos, el que se arriesga, porque de ello tiene el mandato: un mandato de expresar, y en la forma más indeleble posible, aquello que clama a los cielos. Y este es el escritor” (Zambrano, 2009: 194).

Y hay dos maneras de hacerlo. Una es la filosofía. Todo filósofo es escritor, pues como nos dice la propia Zambrano en su artículo *Del escribir*: “Ninguna obra clásica de filosofía deja de ser (...) una obra literaria de primer orden” (Zambrano, 2009:191). Tanto es así, nos recuerda, que hay casos de obras filosóficas que se presentan principalmente como únicas, más por su contenido literario que filosófico. Lo curioso aquí es que este tipo de obras son infravaloradas por los propios filósofos: se señalan directamente como literatura y son consideradas, erróneamente, una especie de para filosofía. Ironía, nos dice Zambrano, pues aquellos que las condenan no se percatan que, precisamente, es la belleza literaria la que permite que el pensamiento filosófico se revele con mayor claridad y sea comunicable. Como nos dice María Zambrano, el terror al pensamiento y el perjuicio a la belleza, hacen que el pensamiento filosófico que no sea expresado en una forma “académica”, sea despreciado como literatura. “Y así se da rienda suelta al doble maleficio que condena al pensamiento y a la belleza” - nos expone la filósofa - “pues que así se menosprecia aquel descubrimiento a medias logrado, impidiéndolo crecer, mientras que se confunde la belleza literaria con lo que puede ser estrechez de forma o también la ampulosidad de una ya usada retórica” (Zambrano, 2009: 191 -192). La propia de Zambrano sufre esta paradoja, al ser muchas veces considerado su pensamiento menor dentro del discurso filosófico. La escritura de María Zambrano es acto creativo que no renuncia a la belleza expresiva, a la metáfora y al símbolo. Esta situación es la del propio pensamiento español desdeñado, precisamente por mostrarse bajo las formas artísticas (literatura, pintura) y no ante la heterodoxia de una razón excluyente. Pensamiento al margen que, hoy por hoy, nos dice Zambrano en *Pensamiento y poesía en la vida española* (Zambrano, 2004b), puede dar una respuesta a un pensamiento que, bajo la razón instrumental, se presenta sin salida.

## La ciudad y el escritor

Pero aún hay una diferencia más entre el filósofo y el escritor: su postura dentro del espacio público, su capacidad en comunicar y hacer partícipe al otro del pensamiento. Ambas, literatura y filosofía, habitan la ciudad, nuestro mayor espacio público construido.

Debemos recordar que la ciudad ha sido, para Zambrano, el lugar por excelencia donde el ser humano busca construir un lugar que le ampare y proteja. La ciudad permite la aparición de ese *quién* que somos en el mundo, bajo un conjunto de creaciones y significados que dan paso a nuestra existencia. Pero, para María Zambrano, la ciudad moderna se ha convertido en un espacio amenazante, pues su construcción se basa en una razón instrumental capaz de dominar y controlar el mundo y a sus habitantes, olvidando la relación originaria de cuidado y protección que debía de cimentarla. Los fenómenos totalitarios, el exilio que había vivido nuestra pensadora, son muestra de ello.

En esta reflexión, no sin razón, María Zambrano nos presenta a *La tumba de Antígona* en los propios cimientos de *la polis* (Zambrano, 1989: 219). Se trata de los cimientos de una ciudad por cuyas leyes, por cuyo ordenamiento, Antígona se encuentra condenada a la muerte en vida. En la obra de Zambrano, Antígona renace para confrontarse con las leyes de la ciudad que la condena. Antígona, es así, una heroína literaria.

Zambrano nos dice, respecto a la filosofía en la ciudad, como sin lugar a dudas esta ocupa un lugar importante: “Diógenes con su tonel estaba en una ciudad. Filosofar, pues, debe ser cosa muy esencial para la ciudad, para que la haya” (Zambrano, 2009: 195). Pero mientras el filósofo no se arriesga como el héroe trágico, el escritor sí lo hace. Mientras Diógenes en su tonel no sale al encuentro de la ciudad, el escritor da un paso al frente. Y desde esa perspectiva, marca la ausencia en los espacios: lo que puede ser en la ciudad, lo que ha quedado olvidado, en sus ruinas y sus tumbas. Marca la traición de las palabras, de nuestras construcciones y discursos. Por ello “Una ciudad sin escritor es un templo vacío, una plaza sin centro, o quizá con el centro desplazado y puesto al margen, esquinado” (Zambrano, 2009:192), nos dice Zambrano, agregando “El escritor es imprescindible para que aún aquello que en la ciudad ocurra, y clame al cielo, no se quede oculto bajo el silencio opaco, para que salte clamando a los cielos (...) el escritor sería el corazón de la ciudad (...) el único que podría rescatar a la ciudad de haber sido desposeída de su centro, allanada en verdad” (Zambrano, 2009:195).

Por eso necesitamos de la escritura. Es el reencuentro tras una amistad perdida, la del propio ser humano con otros y con el mundo: el reencuentro para trazar las calles, las casas y el mapa de la ciudad de otra forma, abriendo en la ficción *lo posible*, lo que aún puede llegar a ser, lo que quedo en *el afuera* de la ciudad, apartado a la orilla del camino y que merece ser el corazón de la ciudad. “El escritor es así el verdadero, mediador, invisible a veces” (Zambrano, 2009:192), que nos muestra otras formas de existencia que abarcan lo diverso, y que en esa diversidad rescata la esencia del proteger la vida. Por ello “Una ciudad sin escritores queda vaciada de su esencia de ciudad, y aparece como un complejo aglomerado, como algo que puede cambiarse, transmutarse o desaparecer sin que su vacío se note” (Zambrano, 2009: 192).

Y en este sentido, la escritura se une con la historia. Por ello, señala Zambrano, el escritor brilla, renace en determinados periodos de la vida europea. “Hasta se podría decir que el escritor haya sido uno de los actores esenciales del vivir europeo (...) El escritor ha sido (...) el espejo de Europa. Espejo de un sentido activo, pues que no se conformaba con reflejar la imagen, sino con crearla y recrearla una y otra vez (...)” (Zambrano, 2009: 192-193). Para



nuestra autora “Europa (...) se ha ido haciendo a sí misma, en pluralidad y unidad” (Zambrano, 2009:193). Y por ello la malagueña llama a la escritura, pues solo esa creatividad contenida en ella puede dar respuesta a los momentos de agonía. Quizás por ello no sea extraño que, para Zambrano, el escritor europeo nace en la confesión de su admirado San Agustín “padre de Europa, aunque no fuera más que por esto, por ser un genial escritor (...)” (Zambrano, 2009, 193).

Sabemos que la confesión tiene un lugar sobresaliente en la obra de Zambrano. Para la pensadora, la confesión se presenta como un acto capaz de transmitirnos y aclararnos la experiencia vital que muestra “(...) lo que la vida tiene de camino, de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos (...)” (Zambrano, 2000, 62). Por ello es también una “especie de procesión de los sueños objetivados en que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el universo” (Zambrano, 1986, 77) Lo que plantea aquí Zambrano es reclamar un método de inversión del historicismo hacia una vivencia personal, el suelo último, real de la historia. Se trata de arrancarnos el velo de los discursos que nos rodean, de actuar sobre las cosas tratando de atraparlas, definir las, delimitarlas, para crear otras, desde la fidelidad a la inmensidad. Por ello la confesión “aparece en san Agustín como producto de la crisis de su propio ser” (Zambrano, 2009, 193). De esta forma la confesión en San Agustín:

(...) no se hubiera logrado tal como se logró si él no se arranca su propio velo, ese velo de la verdad en filosofía; es decir, si no practica el filosofar (...) no sobre sí o sobre otra cosa, sino con su propio ser, con todo él (...) cosa que solamente pudo ostensiblemente hacer en tanto que escritor. No es una búsqueda de sí mismo ni un mostrarse a sí mismo, sino de extraer su propio corazón y ofrecerlo como únicamente puede ser ofrecido el corazón, en llamas. (Zambrano, 2009, 193)

Por ello, la escritura de San Agustín es capaz de llamar al lector “a que se lance con él, a que al menos le vea como arde y sienta la tentación de arder también él, el lector.” (Zambrano, 2009, 194).

Pero en esa Europa que no muere, que agoniza, Zambrano encuentra que el escritor y su figura se encuentran devaluados. No solo sería la figura del filósofo, de ese Diógenes en su tonel, en su despacho o encerrado en su aula, sino la del creativo, el escritor, ese contador de historias y creador de existencias a quien estamos perdiendo. Zambrano encuentra que “la decadencia de su función” se encuentra en relación a “la disolución, o disgregación que parece ir en creciente, de la especificidad de Europa, de la pérdida de su identidad y de su cambiante figura dentro de la unidad” (Zambrano, 2009: 192-193).

Hoy más que nunca, cuando parece que la construcción de esa Europa se tambalea, nos encontramos con que despreciamos al escritor, a las humanidades, al pensamiento en creación: despreciamos aquellos que nos muestran otra forma de ver la ciudad, de recrear Europa. Nos convencen en que hemos sido derrotados: no podemos más que realizar los designios que nos imponen los pensamientos delimitados, los discursos que no entendemos, perdidos en un hablar incesante. Se expulsan de nuestro mundo a la filosofía y alas letras; son malos tiempos para la lírica. Aún hoy hablar de filosofía y literatura no es fácil dentro de nuestras Universidades, aunque fuera de sus paredes logren caminar juntas.

Reencontrarnos ante la derrota sufrida es el papel de la literatura, de la escritura, de todo pensamiento alternativo a la realidad de nuestras actuales ciudades cada vez más deshabitadas. Debemos ayudar por sacarlas de la decadencia, del silencio, de la tumba sin tiempo a la que se nos condena. Hemos hablado demasiado, toca el tiempo de escribir; de hacer un acto de fe y fidelidad con nosotros mismos, con los habitantes de la ciudad. Ese es el llamado que María Zambrano nos hace en ese acto tan sencillo, pero tan creativo y subversivo como es el escribir.

### **Bibliografía**

- Zambrano, María, (1986), *El sueño creador*, Turner, Madrid.
- Zambrano, María, (1989), *Senderos Los intelectuales en el drama de España. La Tumba de Antígona*, Anthropos, Barcelona.
- Zambrano, María, (1993), *Filosofía y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Zambrano, María, (1994), *España sueño y verdad*, Siruela, Madrid.
- Zambrano, María, (1998), *Persona y Democracia*, Anthropos, Barcelona.
- Zambrano, María, (2000), *La agonía de Europa*, Trotta, Madrid.
- Zambrano, María, (2004), *La Confesión: género literario*, Siruela, Madrid.
- Zambrano, María, (2004b), *Pensamiento y poesía en la vida española*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Zambrano, María, (2005), *Hacia un Saber sobre el Alma*, Alianza Editorial, Madrid.
- Zambrano, María, (2009), *Las palabras del regreso*, Cátedra, Madrid.